

Ney Yépez Cortés

El secreto de la reliquia sagrada

novela



ESKELETRA
editorial

El secreto de la reliquia sagrada

© Ney Yépez Cortés, 2019

© Eskeletra Editorial, Quito, 2019

Dirección Editorial: Ramiro Arias

Diagramación: Nieves Egoavil

Diseño portada: Alfredo Ruales

Corrección del texto: César Montalvo

Eskeletra Editorial

12 de Octubre y Roca (esq.) 1 piso Ofic. 102

Telefax: 2556691 / Casilla postal 164-B Quito

E-mail: eskeletra@hotmail.com

www.eskeletra.com

ISBN: 978-9978-16-311-5

Todos los derechos reservados

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio electrónico, mecánico, fotoóptico, o cualquier otro sin la autorización escrita de la editorial.

Impreso en Ecuador

*“El hombre es la especie más insensata,
venera a un dios invisible
y masacra una naturaleza visible,
sin saber que esta naturaleza que él masacra
es este dios invisible que él venera”*

Hubert Reeves

CAPÍTULO UNO

PROFUNDO EN LA SELVA

EL CORPULENTO Y PELIRROJO HOMBRE
vestido con traje militar camuflaje estaba agazapado tras del tronco de un árbol, en una instintiva e ilusoria búsqueda de refugio, mientras escudriñaba con ojos inquietos la espesa vegetación a su alrededor, en un intento por descubrir a sus perseguidores. Pero ellos eran como fantasmas, invisibles en esa selva.

Había aplicado la primera regla de la inteligencia militar, que consistía en conocer al enemigo, para saber sus fortalezas y debilidades. Irónicamente eso justamente le hacía estar tan consciente de la desventaja en la cual se encontraba, desde los puntos de vista estratégico y numérico.

No obstante, el sujeto confiaba en los beneficios de estar fuertemente armado y dotado de un sólido entrenamiento para situaciones de combate. Si algún hombre tenía la posibilidad de salir de esa situación con vida, era él. Podía ocultarse tan bien como ellos y podía crear falsas huellas para confundirlos.

Y si llegaba a darse un enfrentamiento de forma inevitable, tenía suficiente capacidad de fuego para encender un pequeño infierno en ese pedazo de selva. Según sus cálculos, eso sería suficiente para poder llegar al río, subir a su canoa y largarse de allí antes de ser alcanzado por los cazadores.

No entendía bien cómo se había complicado tanto aquella misión. Todo lo que tenía que hacer era encontrar el lugar donde crecía un pequeño “hierbajo”, que ni siquiera tenía un nombre conocido, y traer de regreso una muestra de la planta. Si todo salía conforme el plan, sus empleadores le habían asegurado una paga que incluía seis ceros.

Eso por supuesto, siempre y cuando regresara con vida, ya que aquello no sería como dar un paseo por el campo. Sus servicios como “soldado de fortuna” habían sido requeridos justamente debido al inhóspito lugar en donde se realizaría la incursión.

Se trataba de una región de selva virgen del Ecuador, en el corazón del Parque Nacional Yasuní. Pero era una reserva ecológica de difícil acceso y que además estaba habitada por los taromenane, un pequeño grupo disidente de la etnia Huaorani y que vivía en aislamiento voluntario. Eran célebres por su ferocidad al momento de defender su territorio; la muerte a lo largo de los años de indígenas de tribus rivales, colonos, misioneros religiosos, madereros y empleados petroleros, había acuñado esta fama.

Para el mercenario era obvia la ilegalidad de todo el asunto, llevado con la mayor reserva, concretando el plan en varias reuniones efectuadas en discretas habitaciones de hoteles de la costa este de Estados Unidos. Debido a los miles de dólares que recibió como

adelanto, aquella prometía ser una empresa muy rentable y relativamente sin mayor complicación.

Los misteriosos hombres que le contrataron para llevar a cabo aquella tarea, muy bien peinados y vestidos, movieron una inmensa cantidad de dinero e influencias para dotarle del costoso equipo que había solicitado para la misión. Se abasteció de armamento ligero, miras telescópicas, explosivos y municiones; además de tecnología de punta usada en operativos de espionaje: trazadores térmicos, visores nocturnos infrarrojos y teleobjetivos de largo alcance.

También, pagó generosamente la colaboración de dos antiguos camaradas de armas, exmiembros de las fuerzas especiales estadounidenses con los cuales había realizado exitosas misiones en las montañas desérticas de Afganistán y en las frías cañadas de Serbia y Bosnia.

Una vez conformado y apertrechado, el pequeño equipo de comandos se trasladó a la selva ecuatoriana. Tras casi tres semanas de rastrear infructuosamente la jungla desde un helicóptero alquilado y piloteado por uno de ellos, los tres hombres por fin encontraron el asentamiento temporal de una tribu, en las cercanías de un río secundario, en el llamado Bloque 31 del Parque Yasuní, en plena zona intangible donde vivían los pueblos Tagaeri y Taromenane, a unos 50 kilómetros del asentamiento petrolero de Obe, entre Nashiño y Boica sur.

Los tres excomandos, por vía fluvial, llegaron subrepticamente hasta las proximidades del lugar e instalaron pequeñas cámaras de vigilancia que se activaban con el movimiento. Siete semanas después recuperaron las cámaras y estudiaron todo el material registrado.

Con esas filmaciones descubrieron un sendero en la jungla que usaba únicamente el uwishin (curandero) de los taromenane. El anciano y delgado indígena, llamado por la tribu simplemente Emowo (hombre), cada cierto tiempo se adentraba por ese camino y aparecía al día siguiente con un gran atado de hierbas al hombro. Los mercenarios reconocieron los conocidos bejucos de ayahuasca y varias plantas más que no pudieron identificar.

Con la decocción de aquellos vegetales, en medio de un ritual mágico, elaboraban su “medicina”, el yagé del que bebía toda la tribu. Una de las plantas usadas en aquella poción era la materia prima que había ido a buscar.

Según la información que recibió por parte de sus anónimos empleadores en un sobre manila sellado, no se trataba de un bejuco, como en el caso de la ayahuasca, la más usada de las plantas de la Amazonía en los rituales tribales. Era otro tipo de especie vegetal, al parecer inclasificada hasta el momento por la ciencia occidental, y que era usada exclusivamente por aquella tribu para elaborar su yagé.

El escueto informe iba acompañado de un dibujo de la planta, que parecía fotocopiado de una litografía antigua. La forma de las hojas era muy particular, ancha y dentada, y se abría en forma de estrella simétrica desde el centro hacia el borde. La reconocería con tan solo verla.

El mercenario sospechaba que los que estaban detrás de todo este asunto eran representantes de algún laboratorio farmacéutico internacional que buscaba la cura para alguna enfermedad terminal. “Que noble propósito...”, pensó con ironía el hombre, mientras algo parecido a una sonrisa, que se

asemejaba más a una mueca de desprecio, se dibujó fugazmente en su rostro.

Los tres comandos regresaron a la zona y se instalaron con todos sus pertrechos a una indetectable distancia del asentamiento nativo. Tras permanecer en acecho cuatro días, después de una tormenta nocturna, tuvieron su esperada oportunidad.

Toda la tribu, unos cincuenta sujetos incluyendo mujeres y niños, se trasladó río arriba para hacer una ceremonia y pedir a los espíritus que les favorezcan con una buena pesca, ajenos a la vigilancia de la que eran objeto.

En cuanto los taromenane se alejaron río arriba, los exmilitares salieron apresuradamente de su escondite y recorrieron el sendero secreto del curandero hasta llegar al sitio sagrado donde crecía la planta. En la base de unas rocas que presentaban unos extraños dibujos elaborados con pintura vegetal roja, los hombres encontraron su ansiado trofeo.

Fue cuestión de arrancar un puñado de plantas y guardarlas en el bolsillo cuando de inmediato se escucharon a la distancia furiosos gritos de guerra. De alguna inexplicable forma los taromenane se habían enterado del robo, el mismo instante que ocurría. Y sin duda irían tras de ellos.

Un fugaz escalofrío les sacudió el cuerpo, pese al calor del ambiente, por lo sobrenatural del evento. Los tres hombres, debido a su riguroso entrenamiento, no se quedaron a especular lo sucedido y emprendieron la huida a toda marcha. No obstante, la muerte súbita de sus dos socios le demostró al mercenario que el territorio en el cual se encontraba ahora no se parecía en nada a ningún campo de batalla en el que hubiese combatido antes.

Una lluvia de lanzas los esperó en el claro del bosque al que llegaron en su carrera por la selva. No esperaban que sus perseguidores les cerraran la retirada, pues se supone que toda la tribu estaba río arriba, en la dirección contraria. El líder de los comandos se salvó porque justo en ese instante había tropezado con una raíz que lo hizo caer de rodillas y las lanzas volaron por encima de su cuerpo.

No había tiempo para ninguna reflexión o auto-crítica. Optó por la solución más simple y definitiva. La que usaría cualquier hombre, con menos preparación, pero con un arma en las manos. Levantándose apenas entre las plantas abrió fuego a discreción con su ametralladora contra el lugar de donde había provenido el ataque.

Alcanzó a escuchar algunos gemidos y gritos de miedo de los guerreros. Nunca habían visto ni escuchado un arma de fuego. Y el efecto fue devastador. Los atacantes corrieron asustados internándose en la selva y una leve sensación de triunfo llenó el corazón del mercenario.

Se incorporó desde su refugio entre la maleza y con cautela se aproximó a los cuerpos agonizantes de sus socios, ensartados de parte a parte por las lanzas. Sin mucho pensarlo disparó una ráfaga a cada uno para rematarlos y evitarles aquel sufrimiento.

Miró los cadáveres de sus camaradas de armas y le embargó un extraño sentimiento, que no era dolor o tristeza. Era una extraña desazón, pero nada más. Sin perder tiempo tomó las municiones de los caídos y continuó moviéndose velozmente entre la vegetación.

Ya habían pasado tres horas de aquel ataque y estaba oscurecido rápidamente en la jungla. Un enjambre de mosquitos asediaba todo el tiempo

y el calor era sofocante. Los árboles y arbustos lo encerraban todo alrededor y miles de sonidos se mezclaban. El mercenario, con sus armas recargadas y listas, continuaba recorriendo los kilómetros que lo separaban del río donde había dejado su canoa camuflada en una de las orillas.

Durante un alto en su marcha para beber un sorbo de agua de su cantimplora, escuchó apenas un par de silbidos atrás suyo, no muy distantes, y supo que los guerreros continuaban la cacería. Ahora atacarían en la penumbra, para que el intruso no sepa en qué dirección apuntar su arma. Los perseguidores lo habían rastreado todo el día. Llevaban siglos acechando de esa forma a enemigos y presas.

Ese manojo de hojas verdes que llevaba en uno de sus bolsillos debía ser muy importante para ellos o no se tomarían tantas molestias, pensó irritado el exmilitar, y por unos segundos se preguntó si había algo más en aquella planta que sus contratistas no le habían dicho. Ya habría tiempo después para averiguar cualquier cosa. Por el momento tenía que tratar de llegar al río a toda costa. De eso dependía su vida.

Reanudó su marcha a paso redoblado tratando de distinguir entre los murmullos de los insectos la presencia de sus perseguidores. Tras unos cuantos minutos de marcha forzada escuchó un aterrador sonido que no tenía origen humano. Un jadeo grave y profundo que provenía de la alta copa de los árboles, unos metros por encima de su cabeza, le hizo detener en seco y levantar su arma lleno de tensión.

Reconoció aquel rumor gutural casi de inmediato. “Un maldito jaguar... lo que me faltaba...”, concluyó con frustración. No existía un animal más letal en toda la selva. Era el cazador perfecto.

El exsoldado estaba consciente que una cosa era utilizar técnicas de mimetismo y contraataque contra humanos, pero otra muy distinta contra un mamífero con instintos, olfato y vista difíciles de engañar, y dotado además de dientes y garras poderosas y un pelaje que le daba camuflaje natural.

El mercenario podría abrir fuego y espantar a la fiera, pero eso delataría su ubicación exacta a los taromenane, lo cual sería prácticamente un suicidio. Miró hacia el estuche que pendía de la cadera derecha y vislumbró la solución a su dilema. Sacó de su funda una Browning de 9 mm y de un compartimento de su cinturón extrajo un silenciador y lo colocó en la embocadura del cañón.

Enseguida calibró y se colocó unos visores, utilizados en operativos nocturnos, sobre los ojos. Gracias al artificio tecnológico, el mercenario pudo ver todo el bosque con claridad, bañado por una extraña luminiscencia verdosa que caracteriza al infrarrojo. Y una vez más se sintió invencible, con la semiautomática de trece disparos en su mano y su visión nocturna.

Sonrió levemente al pensar que ningún nativo desconectado del mundo, así como ningún animal salvaje de esa jungla, eran rivales para él. En cuanto se pusieran en la mira, sea hombre o jaguar, los eliminaría con sus disparos insonoros.

Su estrategia consistía en recorrer el resto del camino ya no corriendo, sino con la mayor cautela, con el objetivo de pasar desapercibido para sus perseguidores y para las fieras salvajes. El exmilitar rastrilló su pistola alojando una bala en la recámara y se puso nuevamente en marcha, esta vez con pasos lentos y sigilosos.

En medio de la oscuridad creada por el espeso follaje, unos ojos ambarinos brillaron animados por un fuego que nacía en algún lugar remoto de su ser. Con paso elástico y silencioso, el gran felino se deslizó entre la vegetación, hasta detenerse en mitad de una gruesa rama desde la que divisó a su objetivo, algunos metros abajo. Vigiló al hombre desde su elevada atalaya por unos instantes y levantó su cabeza buscando un sitio mejor para atacar. Vio un pequeño calvero un poco más adelante y se dirigió hacia allí para saltar sobre su presa en cuanto esté a su alcance.

Estaba ya a unos diez metros del lugar donde ocultó su canoa. Y también era el sitio perfecto para una emboscada. El mercenario avanzó unos pocos pasos hacia el río cuando, en un pequeño claro que estaba delante suyo, le salió al paso el inmenso jaguar que lo esperaba en actitud agresiva. Le impresionó el tamaño del felino, un hermoso ejemplar macho de manchas definidas y oscuras sobre el fondo leonado. Era realmente imponente. Estaba con las patas posteriores recogidas bajo el cuerpo, alistándose para dar un magnífico y veloz salto contra el hombre y morder su garganta.

Los reflejos no le traicionaron y con la mayor sangre fría posible, levantó rápidamente su pistola y disparó tres veces. Los tiros apenas sonaron como unos leves golpes secos, por efecto del silenciador. Lo que si se escuchó en toda la selva fue el rugido de la bestia al ser alcanzada por los proyectiles. Pero no fue un rugido de dolor, sino más bien de algo parecido a la ira. Cuando se dispersó el humo de los disparos, a través de los visores infrarrojos el mercenario vio que el jaguar no había muerto en el acto.

Pese a que a esa distancia no podía fallar, el animal permaneció inmutable, sin dar muestras de estar herido, como si las balas nunca le hubiesen llegado. Ni siquiera jadeaba. Solamente permaneció sobre sus cuatro patas respirando suavemente, sin dar la menor señal de querer reanudar un ataque o de emprender la huida. Proyectaba seguridad y control, como si fuese el dueño absoluto de toda la situación y nada tuviese la capacidad de perturbarlo. Esa actitud en un animal salvaje era desconcertante.

Pero lo realmente aterrador eran sus ojos, que permanecían fijos en los del mercenario, sin siquiera parpadear, dotados de un estremecedor brillo antinatural. Pero no fue solo eso. Lo que hizo que el hombre pierda totalmente su autocontrol fue que distinguió, con un estremecimiento en las entrañas, algo parecido a un destello de inteligencia tras esa mirada. Comprendió en ese instante que no era observado por un animal salvaje común, sino por otro tipo de ser. Un ser más temible y desconocido de lo que pudiera imaginar.

El exmilitar, presa del horror dejó caer la pistola y se volteó para huir desesperado. No alcanzó a hacerlo. Ni con los visores nocturnos pudo distinguir de donde volaron media docena de lanzas que en un segundo atravesaron su cuerpo y lo dejaron clavado al tronco de un árbol.

En mitad del dolor desgarrador que sentía en su agonía, percibió los dedos delgados y nudosos del anciano curandero que hurgaban en su bolsillo y extraían la planta que había robado esa mañana. El jaguar había desaparecido y en su lugar estaba el curandero de la tribu.

Una voz cascada y vieja le susurró al oído en la extraña lengua wao “*eñenami keka... amede wíwca keka... monito quien...*” (tonto, enemigo de la selva, esto es nuestro...).

Fue lo último que oyó antes de que el frío eterno le inunde el cuerpo. Su cabeza se desplomó sobre el pecho y las gafas de alta tecnología cayeron de su rostro. Con un chisporroteo, la batería de los visores nocturnos se quemó al sumergirse en un charco que estaba a los pies del mercenario. Pocos minutos después el agua se tiñó carmesí, bajo el lugar donde su cuerpo quedó clavado, como una macabra advertencia para los que osen adentrarse en los secretos de la selva.

Mientras el anciano brujo caminaba a la cabeza del grupo de cazadores de regreso a su aldea, una tenebrosa certeza se adentraba en su corazón. Sabía que no se detendrían allí. Vendrían otros, cada vez más letales y perversos, para usurpar el poder de su planta sagrada, de la medicina ancestral. La tribu era muy pequeña y ellos solos no podían frenar el avance del mal que Emowo preveía.

Desde que habían perdido la reliquia sagrada —el poderoso amuleto que protegía a su pueblo y a la selva—, su tribu estaba al borde de la extinción, al igual que el bosque que le daba cobijo. Esa misma noche bebería el yagé y por medio del trance mágico invocaría a los espíritus para pedir guía y consejo en su lucha contra la codicia de los hombres que vivían lejos de la selva.

En el decimotavo piso de la empresa farmacéutica y agroquímica Healthcorp, en la ciudad de Nueva York, un grupo de hombres y mujeres de aspecto sobrio y ejecutivo realizaba una junta a puerta cerrada. Jenny Michaels, coordinadora de logística de la transnacional, estaba exponiendo su informe a la plana mayor. Con voz segura y tono frío desglosaba cifras, datos y conclusiones ante la mirada severa de los accionistas.

El tema final de su intervención se enfocaba en los avances y escollos de la nueva inversión de la empresa. Hasta el momento se habían gastado miles de dólares en la obtención de una materia prima que necesitaba la farmacéutica y los resultados no eran alentadores. Cuando llegó a topar ese punto, Michaels escogió con cuidado sus palabras, para que su gestión no se mostrase como un fracaso.

“La operación en Ecuador no ha dado resultados positivos. Nuestras fuentes informaron que, aparentemente, algún coleccionista logró rastrear la reliquia que buscamos y la sustrajo de una reserva botánica cercana a la pequeña población de Puyo, en la región oriental del país. Nuestros investigadores verificaron que la pieza arqueológica será subastada en el mercado negro en unas semanas y estimamos que esa será la mejor opción para adquirirla. Con la reliquia en nuestro poder podremos negociar con los nativos para que, a cambio de su devolución, ellos nos faciliten la planta y la fórmula para la preparación de su medicina secreta...”.

John Cutway, antropólogo especializado en culturas amazónicas y autor de varios libros al respecto,

había sido contratado por Healthcorp como asesor para esta operación en especial. El pelirrojo y regordete académico se meció las largas barbas con incomformidad y levantó tímidamente la mano para pedir la palabra. Jenny Michaels se calló con el entrecejo fruncido, mostrando abiertamente su disgusto por la interrupción. Con aire de impaciencia hizo una inclinación de cabeza cediendo la palabra al hombre.

Cutway bebió un sorbo de agua mineral del vaso que tenía frente a él en la mesa de reuniones, se aclaró la garganta con afectación y habló lentamente con acento sureño y voz nasal.

—Con todo respeto señorita Michaels, pero lo que usted plantea es absurdo. Tras la investigación que he realizado de aquel pueblo amazónico, además del estudio de ese antiguo libro del explorador portugués que describe a la planta y sus propiedades “milagrosas” entre las que están la cura del cáncer y otras enfermedades degenerativas que aquejan a la humanidad, puedo asegurar a los miembros de esta junta que esta reliquia no es un simple adorno.

“Para los taromenane esta reliquia es un objeto sagrado, poseedor de poderes místicos, entre los que se encuentra la capacidad de ‘despertar’ el espíritu que habita dentro de la planta y activarla en toda su capacidad curativa. Es decir, la planta no mostrará la totalidad de su poder si no es activada a través de la reliquia. Eso por un lado, y por otro, todos los clanes originados en la etnia Huaorani son pueblos que no piensan ni actúan bajo los formatos occidentales a los que estamos habituados.

“Con los taromenane no se puede negociar ni se los puede chantajear, como plantea la señorita

Michaels. No poseen el sentido de propiedad privada como nosotros, por tanto, no le pueden dar valor comercial o de cambio a la reliquia. Son guerreros que te atravesarán con sus lanzas sin pestañear si intentas siquiera hacer contacto con ellos”.

—Esa es solo una suposición teórica señor Cutway, una visión antropológica que no se basa en hechos concretos o comprobables —interrumpió Michaels en tono molesto.

—¿En serio señorita Michaels? Por favor, sería tan amable de contarnos qué pasó en la expedición tan costosa que organizó para extraer por la fuerza la planta. Me han llegado rumores de que tres mercenarios armados hasta los dientes fueron enviados a la selva del Yasuní... y que nunca regresaron.

Aquel era el punto que la coordinadora deliberadamente deseaba omitir en su informe y no esperaba que Cutway o cualquier otro estuviese enterado de la fallida operación secreta. Todas las miradas del lugar fulminaron a la mujer. Su seguridad se tambaleó en ese instante y no supo qué decir.

En su lugar, el dueño de Healthcorp respondió. El magnate Anthony Blaze tenía cincuenta y nueve años, contextura robusta, cabello entrecano y usaba trajes de diseñador italiano. Sus aficiones, además de amasar millones con las empresas de su familia, se centraban en coleccionar autos deportivos y exreinas de belleza, la cacería deportiva, el consumo de cocaína y beber licores finos en grandes cantidades. También, tenía ambiciones políticas y había previsto postular su candidatura a la presidencia de los Estados Unidos dentro de seis años.

Con la voz profunda y en el tono burlesco que le caracterizaba, se dejó escuchar en la sala de reuniones.

Tenía la parsimonia y aplomo de aquellos que estaban acostumbrados a que su mandato sea ley. Sus millones de dólares era todo lo que necesitaba para ostentar esa seguridad bajo cualquier circunstancia.

“La señorita Michaels actuó bajo mis estrictas órdenes. Me pareció una buena idea obtener de forma directa y práctica la materia prima que necesitamos. Como es de su conocimiento distinguidos miembros de esta junta, si logramos sintetizar la fórmula de la legendaria medicina de esa tribu amazónica y ponerla en cápsulas o en cualquier otra presentación, nuestras ganancias en el mundo entero se incrementarían astronómicamente. Fue una suerte que llegara a mis manos ese raro texto de aquel explorador portugués y que esos nativos no se hubiesen extinguido todavía. En cuanto al equipo de paramilitares que enviamos...”.

—Han desaparecido... —contestó la coordinadora con voz seca y carente de emoción—. Disculpe señor, pero no sabría decirle las circunstancias en que se perdió el contacto con el equipo de incursión...

—No tiene importancia... de todas formas todas las personas son prescindibles... usted sabe —dijo el empresario en tono conciliador, con la pose caudillista que le salía tan natural, mientras lanzaba una mirada de advertencia en dirección de John Cutway—. Ahora me gustaría que exponga aquel nuevo plan que tendrá bajos costos operativos y que garantizará nuestro acceso seguro a la zona donde crece la planta, tomando en cuenta, por supuesto, la opinión de nuestro doctor especialista en nativos amazónicos, aquí presente.

La incondicional testaferra de Blaze asintió con gesto de suficiencia y se dirigió a los miembros de la junta con la frialdad y eficacia que le caracterizaba.

“Señores, debido al potencial comercial que tendría para la empresa el uso controlado del medicamento que extraigamos de aquella medicina ancestral, es para nosotros la inversión más importante que podríamos hacer en los últimos años. Por tanto, el señor Blaze está de acuerdo con que prosigamos con la gestión para apoderarnos de aquella fórmula.

“Ante el fracaso de la incursión secreta y de bajo perfil en la selva del Yasuní, he ideado un nuevo plan que no puede fallar. Según pudimos leer en el informe antropológico que presentó en días pasados el doctor Cutway, los pueblos en aislamiento voluntario son cuatro grupos de indígenas que habitan en esa selva. De acuerdo con el reporte de Cutway, estos pueblos se asientan en un lugar determinado por unos cuantos meses o hasta dos años, mientras duren los recursos alrededor del lugar escogido, un territorio temporal de una extensión aproximada de cuarenta kilómetros.

“A uno de estos grupos de nativos, precisamente el que usa la planta como materia prima para preparar su medicina, se le ubica entre el límite del bloque 31 y la Zona Intangible, lugar en donde se perdió contacto con nuestro equipo de incursión. Debido a la característica nómada de estas tribus, que se da por su condición cazador-recolector mencionado anteriormente, es vital que intervengamos de inmediato, antes de que se movilicen y le perdamos el rastro a ese grupo en especial de nativos que usa la planta y sabe dónde crece.

“En este mismo instante, la empresa china Petroyang, que tiene gran parte de la concesión para la explotación de los pozos petroleros, se está desplazando hacia la zona. El siguiente pozo de extracción

será precisamente en el lugar donde perdimos contacto con el equipo de comandos. Ese pedazo de selva será talado en pocas semanas y corremos el riesgo de que la planta sea destruida para siempre.

“Pero el señor Tian San Feng, el dueño de Pe-troyang, le debe algunos favores al señor Blaze, por tanto nos ha permitido ir junto a su equipo de avanzada cuando intervengan la zona. Poco antes de que entre la maquinaria pesada, buscaremos la planta y la traeremos directo a los laboratorios. Nuestro equipo de extracción irá acompañado por hombres armados, en caso de que aparezcan los nativos hostiles y usaremos la fuerza de ser necesario”.

—¡Pero no podemos dispararles! —exclamó Cutway con vehemencia—. Sería un crimen... un verdadero genocidio, entrar a tiros en su casa...

Una vez más Anthony Blaze contestó con frialdad, en lugar de Michaels. Mostró una sonrisa de lobo, burlona y maligna a la vez. Señalando con el dedo al antropólogo sentenció.

—Si son guerreros, doctor Cutway, entonces que se preparen para la guerra. La vida de un grupo de individuos desnudos en mitad de una selva olvidada por todos no será un impedimento para nuestros negocios.

Los miembros de aquella junta directiva, como hipnotizados por las palabras lapidarias de su líder, asintieron entre avergonzados e indiferentes. Ese instante, John Cutway sintió que una maldad oscura y espesa, como una nube tormentosa, reinó indestructible en el silencio de la sala.

Había transcurrido tres semanas desde los dramáticos eventos en los que perecieron los tres mercenarios. Nadie en el mundo civilizado se enteró de su suerte. La vida siguió su curso sin ser alterada y en la selva un día era como cualquier otro. A ciento sesenta kilómetros al noroeste del Parque Yasuní, en la ciudad amazónica del Puyo, un sol radiante —cosa inusual en aquella región, generalmente lluviosa la mayor parte del año— se elevó sobre las altas copas de los árboles de la reserva botánica Wareka, que significa “lindo” en idioma wao.

Era la única reserva botánica de esa parte del país, lo cual la hacía muy concurrida por científicos extranjeros y fotógrafos de vida silvestre. También, recibía mochileros de distintas edades y orígenes que trabajaban como voluntarios en las labores agrícolas de la reserva a cambio de techo y comida. Otros visitantes eran jóvenes universitarios europeos que realizaban alguna investigación de campo y pagaban su estadía en el lugar.

Serían las ocho de la mañana y en la habitación del segundo piso de la gran casa de madera construida en el corazón de la reserva *Wareka*, Matías Lema, conocido por todos únicamente como ‘Zuco’, dormía a pierna suelta.

Principalmente en la región austral de Ecuador se utiliza en el argot popular el término ‘zuco’ para referirse a alguien de cabellos rubios y de tez blanca. Con excepción de su piel, mestiza y bronceada, él se ajustaba perfecto al sobrenombre.

De treinta y tres años, alta estatura, delgado y con musculatura definida —resultado de las labores

del campo realizadas a diario— Zuco no parecía un académico sino más bien un aventurero. Sus rasgos eran afilados, angulosos y simétricos, con grandes ojos claros, cejas bien dibujadas, nariz fina y una abundante y bien cuidada cabellera de color castaño claro que le llegaba hasta los hombros. Una barba de tres meses o más le ensombrecía el rostro.

Durante su infancia había sido un niño más que asistía a la escuela pública en el Puyo y en su adolescencia fue un muchacho común en un colegio de Quito que iba a fiestas, escuchaba música de moda y quería ligar con chicas bonitas. Terminado los estudios secundarios se fue a estudiar biología pura en Cuba para después hacer una maestría sobre biología molecular en Suiza.

Tras su formación académica tomó un año sabático y se dio un paseo por Japón, China, Nepal, India y Malasia, lugares que siempre quiso conocer. Aquel viaje le sirvió para superar el duelo por la muerte de su novia, una chica canadiense que se llamaba Cassandra Martel, en un trágico y sobrenatural evento relacionado, de alguna forma, con el asesinato de su padre Santiago Lema, acontecida años antes.

Cuando regresó a Quito, gracias a su excelente preparación y sobresalientes calificaciones, tuvo interesantes ofertas de trabajo, sobre todo en el sector público. Pero Zuco, tras haber recorrido tanto mundo, no se veía como biólogo de escritorio ni como un burócrata ejerciendo un mando medio en algún oscuro ministerio.

Decidió hacer algo más práctico con sus conocimientos. Venía madurando un proyecto de permacultura y agronomía autosustentable. Pidió el apoyo de su familia para adquirir las tierras que rodeaban

la casa de sus padres, en la puerta de entrada a la Amazonía, y las transformó en reserva ecológica. De eso ya habían pasado ocho años. En base a esfuerzo y trabajo en equipo de amigos y empleados había logrado establecer en un terreno de veintitrés hectáreas el Parque Botánico que había soñado.

Lo que realmente le había dado otra conciencia sobre el mundo eran las incontables horas sumergido en medio de aquellos bosques, desde su regreso a Ecuador. Actualmente solía sorprenderse a sí mismo, en más de una ocasión, recordando con cierto desdén la forma anterior que había tenido de entender al mundo. Se sentía privilegiado de que la selva le hubiese enseñado tanto sobre la esencia de la existencia.

Otra de sus fuentes de inspiración, incluso desde antes de volver a Ecuador, fue la dedicación que mostraban sus padres a las tareas propuestas en su vida. Zuco lo vio y lo integró a su personalidad desde los días de la infancia.

Marianne Gascón, una ingeniera agrónoma alta y rubia nacida cerca de Rennes, en la región bretona del noroeste de Francia, había llegado a Ecuador a principio de los años ochenta para estudiar varias especies vegetales de la Región Amazónica, como parte de una investigación que realizaba para una fundación franco-inglesa.

Durante su trabajo de campo, Marianne había conocido a Santiago Lema, un joven antropólogo ambateño de origen indígena, aficionado a la fotografía y fascinado por las etnias amazónicas. Santiago había sido un conocido defensor de la interculturalidad, centrando su lucha en la preservación de la lengua, costumbres y forma de vida ancestral de las etnias de la Amazonía.

Eso fue lo que cautivó a la joven, además de los rasgos andinos y la piel trigueña de Santiago, que a los ojos de la francesa poseían un exotismo difícil de resistir. Se casaron y después de tres años llegó Matías. Dos años después vino su hermana Daniela. La familia Lema-Gascón quedó conformada así y tuvo esa primera época de armonía, hasta que el infortunio se presentó devastador.

Debido a su profesión como antropólogo, a mediados de los noventa Santiago Lema solía trasladarse largas temporadas a remotos parajes de las provincias amazónicas, estudiando la cultura de las comunidades asentadas en la selva profunda. Sentía un especial interés por los pueblos no contactados. Y fue justamente esto lo que le costó la vida en 1998.

Su cuerpo fue divisado por un helicóptero militar en las orillas del río Aguarico, atravesado por veinticinco lanzas gigantescas de los taromenane. Cuando recuperaron su cadáver las autoridades encontraron todas sus pertenencias intactas. Los guerreros lo mataron únicamente como una advertencia para que otros hombres no osen adentrarse en sus territorios.

Aunque Zuco tenía trece años cuando ocurrió la muerte de su padre, aquel siempre fue un tema que le provocaba una mezcla de sentimientos encontrados. Más allá de la tristeza por la pérdida, sentía una curiosidad por saber más sobre aquellos hombres que habían asesinado a su padre sin piedad.

Los enfrentamientos fraticidas entre huaoranis, tagaeris y taromenanes a lo largo de los años habían llevado a la extinción de los segundos y sin duda los terceros estaban por el mismo camino. Probablemente

ya no quedaría con vida ninguno de los guerreros que habrían asesinado a su padre. Nunca sabría su identidad o su aspecto, por tanto no cabía siquiera albergar aquellas ideas.

Le había tomado mucho tiempo procesar todo aquello y entonces ocurrió, años más tarde, aquel inexplicable evento en el que perdió la vida Cassandra Martel, que fue su compañera sentimental durante más de tres años, en sus épocas universitarias. Y aquel hecho estaba vinculado, de alguna forma, con el asesinato de Santiago Lema.

Ese era un tema que Zuco no mencionaba nunca y que por un acuerdo tácito, los testigos de los hechos tampoco lo hacían. Lo que pasó aquel día parecía ya distante y ajeno. No obstante, lo que ocurriría esa mañana, mientras él aún dormía, le mostraría que aquellos guerreros selváticos no eran algo tan lejano como creía.

En la última escena del extraño sueño que tenía, el joven caminaba con sus botas de caucho por un sendero de la reserva botánica que lo conducía hacia la laguna cercana al límite de la propiedad. Durante el recorrido estaba flanqueado por Trapiche y Pirata, sus dos perros mestizos que le acompañaban en las tareas del campo.

El primero tenía entre sus ancestros lejanos algún pastor alemán, a juzgar por sus orejas levantadas en triángulos perfectos y su pelaje ligeramente tostado. El segundo era el tataranieto de algún dálmata, por lo que lucía unas oscuras manchas irregulares sobre su pelaje blanco; una de ellas cubría uno de sus ojos, como si fuese un parche, de allí provenía su nombre.